

Mientras España se regeneraba...

Sería curioso saber lo que la dictadura ha gastado en espías, soplones, confidentes y agentes provocadores para vigilar, comprometer y molestar a los emigrados políticos en París. Habrá que preguntárselo a Quiñones de León y a Bandelac de Pariente, pues cada cual llevaba su cuenta. Los dos se disputaban la dirección de estos servicios. Quiñones y Bandelac se odian, se estorban mutuamente. La enemistad es antigua y data de un oscuro asunto de información o espionaje alemán durante la guerra, cuya historia fué publicada por un diario francés en aquella época. Se sospechó, al parecer injustamente, de Bandelac, por ser judío y amigo de Mély; hasta que el marqués de Villaurrutia, que también tenía cuentas que saldar con Quiñones, contribuyó a poner las cosas en claro. Aprovechando su amistad con Primo de Rivera, Bandelac de Pariente obtuvo durante la dictadura un nombramiento diplomático, y recibió el título de agregado honorario o cosa parecida de la Embajada de Bruselas, lo que no debió de hacer mucha gracia a Quiñones. Bandelac acabó por ser más amigo de Martínez Anido que del mismo Primo, y recibía obsequios significativos del ministro de la Gobernación, de quien era en París representante directo y auténtico. Además de encargarse de ciertos servicios, Bandelac, en una revista médica, que es un perfecto camelo, publicó, traducida, aquella famosa «cartilla» del ciudadano que salió de la pluma inspirada del «salvador» de España. Realmente esta gente hizo muchas cosas grotescas, de las que nos reíamos bien los emigrados.

Me consta que en la Embajada hay un voluminoso «dossier» de cada emigrado. El de más bulto es el de don Francisco Maciá, que fué durante mucho tiempo la pesadilla de los representantes de la dictadura en París. El mío viene detrás por orden de tamaño, lo que me honra y enorgullece. Sabían cuál era mi misión al lado de Blasco Ibáñez y mi amistad con los otros grandes españoles que mantenían aquí la protesta contra el absolutismo español. Creían que vigilándome a mí descubrirían lo que tramaban mis ilustres amigos, y a ello se debe este favor inmerecido con que me distinguieron los soplones, confidentes, etc. El «dossier» de Ortega y Gasset forma también un imponente monumento de papel de barba, y sería quizás el más voluminoso de no estar repartido entre París y Hendaya.

Lo gracioso es que, cuando yo

me encargue de introducir en España los folletos de Blasco Ibáñez, no se averiguó por dónde ni cómo entraban aquellas hojas, y en cambio yo averigüé cuánto cobraba por vigilarme la agencia privada de Policía encargada de tan importante trabajo, y que era, por cierto, una suma inferior a la que salía de la caja de Quiñones. Mi descubrimiento produjo sensación; hubo quien se creyó engañado, y se armó un pequeño jaleo, cuyos incidentes me llenaron de júbilo.

Antes de publicarse el folleto de Blasco ya se habían metido en su cuarto unos agentes provocadores, que, por venturosa coincidencia, logramos desenmascarar. Uno de ellos le propuso a Blasco resolverlo todo con atentados, y Blasco, indignado, lo plantó en la calle. Pero el hombre no se desanimó y trató nuevamente de ser recibido por el gran novelista. Yo lo impedi, y le dije al bravo:

—Es inútil. Don Vicente no quiere ni oír hablar de eso, que le repugna. Pero aquí nos hemos dividido el trabajo, y conmigo puede usted hablar cuanto quiera. Yo me he encargado del negociado de asesinatos...

Comprendió aquel sujeto que le tomaba el pelo y se marchó del local antes de que tuviera yo tiempo de atizarle un puntapié. Blasco celebró mucho esta escena, que yo le referí, y la contaba a sus amigos entre grandes risas. El mismo sujeto operaba luego en Perpiñán entre los catalanes allí refugiados, y tengo la sospecha de que tuvo participación en los sucesos de Barcelona, casi simultáneos de los de Vera, y que fueron indudablemente preparados por agentes provocadores.

Pistoleros siguieron a Maciá, aunque no se atrevieron a actuar. Tampoco se decidió un sujeto que se introdujo en el cuarto de Blasco, quien se salvó de un atentado cierto gracias a su serenidad y a su valor. Debe decirse, en justicia, que el pistolero fué condenado siempre por el embajador. En cierta ocasión vino una banda de pistoleros a París.

Un obrero español, cuyo nombre coincidía con el de un significado sindicalista, apareció misteriosamente muerto, quizá por equivocación. Aquella misma noche los pistoleros fueron puestos en la frontera, y del asunto no volvió a hablarse. A Quiñones le repugaban estos procedimientos, incomprensibles para un hombre de educación francesa como él. Pero la soplonería, el espionaje y todo lo demás le pare-

cían tareas dignas de un diplomático.

Don Miguel de Unamuno expulsó un día de su tertulia de «La Rotonda» a un confidente, que daba todos los días parte a la Embajada de lo que allí se decía. Fué una escena magnífica. Don Miguel no temía a esa gente, y muchas veces los desenmascaraba adelantándose a decirles lo que él pensaba de Anido y Primo. Había que oírlo.

Para impedir la publicación de «España con Honra» se trató de comprar la imprenta donde la editábamos. Pero el impresor dió a los emisarios la respuesta que se merecían. Juan Durá es un hombre íntegro, incorruptible.

No será necesaria recordar la cruzada de los «mosqueteros» contra Blasco Ibáñez. Un par de bofetadas—por un valor judicial de 16 francos, aunque, en realidad, valían mucho más—apagaron los humos del Carretero. Una nota en un diario de París y una advertencia confidencial hicieron desistir a Benigno Varela de su propósito, anunciado públicamente, de agredir a Blasco.

Todas estas cosas amenizaban nuestra existencia de desterrados, eran la salsa en que mojábamos el «negro pan» de la emigración. ¡Delicioso alimento!

Realmente, de poco servía el dinero derrochado en vigilarnos. Don José Sánchez Guerra y yo pudimos salir de París a cara descubierta y embarcarnos en Port-Vedres sin ocultarnos, y nuestro amigo Quiñones se enteró cuando habíamos desembarcado en Valencia. Claro que luego se desquitó haciendo vigilar a la señora de Sánchez Guerra y averiguando quiénes habían ido a despedirla a la estación.

También dos distinguidos caballeros, con zapato de charol, cuello de pajarita y pantalón rayado seguían aquellos días a don Santiago Alba, que se encontraba en Chamonix. Sobre la nieve de la estación alpina, entre la gente vestida con trajes apropiados para los deportes de invierno, aquellos dos héroes fueron el número de fuerza de la temporada.

Pero sería imposible recordar en un artículo todos los detalles pintorescos, gracioso unos, modestos otros, dramáticos los menos, de estos seis años de soplonería y provocación. Lo verdaderamente estupendo es que últimamente a quien se vigilaba era a Primo de Rivera. Todavía había gente que lo tomaba en serio y temía sus «conspiraciones».

CARLOS ESPLÁ

París, marzo.

A.P.O.E.
SIG.:

1.26/764